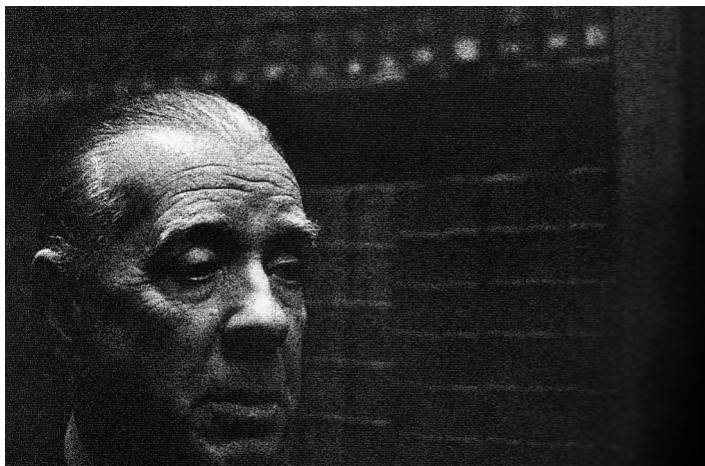


LECTURA Y MELANCOLÍAS. RECONSTRUCCIÓN DE UNA *ENEIDA*
CONSCIENTEMENTE OLVIDADA

Hace ya muchos años, en un cajón sobre el pavimento de la calle, encontré una fabulosa colección de libros. Un hombre de origen argentino los vendía a un precio insignificante en medio de un rastro de objetos absurdos o en desuso. Se trataba de los libros que habían compuesto parte de su biblioteca. Me eran conocidos ya muchos de los ejemplares que allí podían verse, circunstancia que hacía posible la paradoja triste de poder apreciar la calidad de lo que contenía el cajón sin interés por llevarme su contenido completo. Sí es verdad que uno de los ejemplares en especial fue el que más atrajo mi atención, pues se trataba de la *Historia de la literatura norteamericana*, de Jorge Luis Borges. En realidad, fue el único libro que compré, a pesar de la tentadora oferta que aquel hombre me hizo para que me llevara el cajón completo. «Si hubiera encontrado este cajón hace diez años», le dije, «me lo habría llevado entero». «Ay, amigo», me respondió, «y si lo volvieras a encontrar dentro de otros diez, ya no te llevarías ni el libro que tienes en la mano». Varias veces he leído el libro que compré, una magnífica primera edición, aunque en ello no reparé entonces. He sentido placer y envidia al leerlo. Hubiera querido escribir un libro como ese, y ha de notarse

que no hablo de *El Aleph* o de *La historia universal de la infamia*, sino de un trabajo discreto dentro de la diversa producción borgiana. Es más, sentí la melancolía de no haberlo escrito yo mismo.



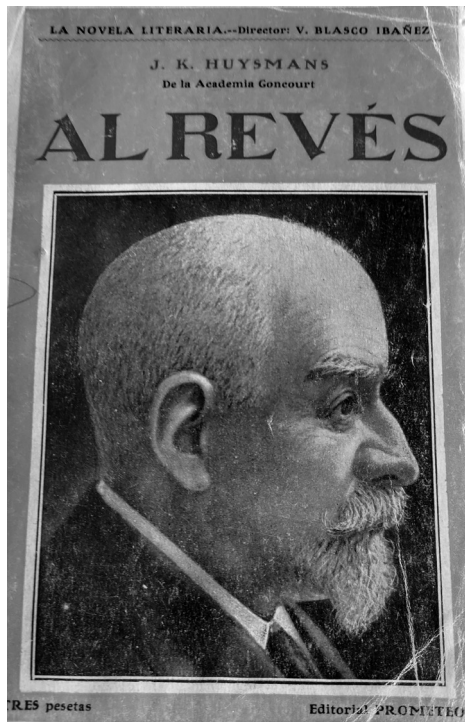
«Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas...»

Jorge Luis Borges, uno de los autores que más han desafiado a la venerable historia literaria, no deja de depararnos sorpresas. Fiel al espíritu de su personaje Pierre Menard, la obra del argentino encierra nuevas obras subterráneas. Quizá la más importante de todas sea su Eneida.

Melancolía es, con toda seguridad, una palabra que define muchos aspectos de la lectura, sobre todo de las lecturas patológicas o malsanas. Leemos las vidas de quienes no podemos ser, repetimos los párrafos que ya no podremos escribir, comentamos y criticamos con pasión las obras que no hemos escrito, y procuramos, no obstante, disfrutar de la dicha absoluta de ser lectores atentos, aquellos que llegan a lugares recónditos, a las claves que no logran verse desde las lecturas superficiales. Los estudios literarios conceden cada vez más importancia al ejercicio de la lectura, que no deja de ser un

acto complementario de la propia escritura. Sin menoscabo de lo que le ocurra a la escritura, la lectura está también muy ligada a distintos estados de melancolía. La ociosidad no productiva que la envuelve requiere un tiempo y un estado de ánimo propicio, pues la lectura supone una interrupción de la vida corriente. Las melancolías literarias son muchas y complejas. Hay una de ellas, sin embargo, la que llamamos tedio o *spleen*, que dio lugar a una nueva manera de entender el arte, donde ya no se imita necesariamente a la naturaleza. Es la enfermedad que padece el personaje literario de la novela *Al revés*, de Huysmans, libro que lee, asimismo, el protagonista de *El retrato de Dorian Gray*, de Wilde. El elogio a los artificios y a la libertad creadora dio lugar también a nuevas interpretaciones de la historia literaria. Al calor del tedio por lo establecido, por el mundo corriente, surgieron visiones alternativas y diferentes de la propia historia de la literatura. Es, posiblemente, en la novela de Huysmans donde se configura lo que hemos venido en llamar una historia no académica que invierte los cánones oficiales. La filosofía de la historia literaria, construida pacientemente durante los siglos XVIII y XIX, queda trastocada. La llamada Edad de Oro, de la que Virgilio es el centro, se ve ahora como un periodo encorsetado y de cartón piedra. Por el contrario, la llamada decadencia se convierte en sinónimo de libertad creadora. Baudelaire es tildado de decadente, y él lo tomará como un elogio. Esta melancolía ociosa del decadentismo da lugar a una extraordinaria lección de historia de la literatura latina en *Al revés*, que ensalza el barroquismo de los autores tardíos frente a la serenidad de los clásicos. Virgilio, cantor de la naturaleza, ahora enfrentada al arte, y clásico entre los clásicos, ahora despreciados, se convierte en el destino de las iras decadentes. Tales posturas estéticas pasaron, pero lo impor-

tante es que se creó la posibilidad teórica de una «historia no académica» y alternativa de la literatura. El siglo XIX deja a Virgilio un tanto maltrecho, condenado como poeta latino por los amantes de Homero, convertido en lectura histórica por el nuevo positivismo, y condenado como clásico y cantor de la naturaleza por la moderna estética finisecular.



La melancolía literaria, o el spleen.

La obra que da comienzo consciente a una historia no académica de la literatura.

El decadente Joris Karl Huysmans traza una historia literaria «al revés». (Portada de J. K. Huysmans, *Al revés [À rebours]*. Prólogo de Vicente Blasco Ibáñez. Versión española de Gemán Gómez de la Mata, Valencia, Prometeo, hacia 1919)

Sin embargo, en la creación literaria no cuenta tanto el mecánico paso del tiempo, que condena a los autores a una ciega sucesión, llamada historia, como la intensidad con que se reviven ciertos episodios notables. La *Eneida* es probablemente uno de esos ejemplos más acabados de desafío al tiempo. No deja de ser un azar desafortunado que no podamos conversar, al menos físicamente, con Virgilio o con Dante. La literatura del siglo xx, quizá como reacción a un siglo xix demasiado historicista y homérico, ha proseguido esa historia no académica que, casi parafraseando a Borges, en sus complejas manifestaciones tiene como motivo último la añoranza de Virgilio. No en vano, Theodore Ziolkowski, en su inolvidable *Virgil and the moderns*, afirma que Virgilio es demasiado importante como para ser relegado a los clasicistas.

Jorge Luis Borges, hacedor de una desafiante visión de la historia literaria, heredera de Croce, Valéry y T.S. Eliot, soñó probablemente, tal y como hiciera su personaje de ficción Pierre Menard con respecto al *Quijote*, con recrear una *Eneida* propia, a la altura de sus circunstancias vitales y humanas. Podemos pensar que esta supuesta obra, formalmente parecida a la escrita por un poeta latino de la época de Augusto, no tiene mucho que ver con la *Eneida* propiamente dicha, o con aquella que estudian y sitúan en su contexto histórico los filólogos. En realidad, la ciencia positivista, que no deja de ser la esencia de nuestra ciencia, ha creado el mito —Borges preferiría hablar de superstición— del objeto, el dato, cuya naturaleza debe salvaguardarse de los subjetivismos. Se entiende que debe haber una lectura aséptica, propia, y que todo lo demás es pura invención¹. Es desde la novedosa perspectiva borgiana

¹ Pero dos siglos largos de filología clásica, aquella que hizo que viéramos